

## LA NOCHE DE SAN JUAN EN EL ESQUINAZO (LOS CONEJOS)

COMO en años anteriores los vecinos del «Esquinazo», de la urbanización de los «Conejos», han celebrado la mágica noche sanjuanera. Y como hace nueve años Mila ha preparado, con antelación, el pelele o monigote que tan graciosamente forma, a base de todo lo viejo y caduco que encuentra, pero ella compone la figura, dibuja el rostro, viste al mismo con el atuendo más grotesco. Esta vez ha sido un pequeño figurón con cara de muñeco travieso, feo, con una caña en la mano envuelta en un guante negro.

Desde este momento ya el monigote queda como patrimonio de los vecinos, es del común y en torno a las nueve de la noche ya se van acercando para cogerlo y «llevarlo», a la explanada, donde arderá en su momento cumbre.

Hay como un rito en este pequeño acto, donde se acercan los críos y mozos. Se cumple con una alegría que irradia en los ojos asombrados de los más pequeños y diría, que de los más ancianos, que otean esto, como algo entrañable.

La salida del pelele es ya un acontecimiento que, al menos, a un servidor impone carácter, porque intervienen todos y ellos son los protagonistas, es como si se percibiera como una obligación de ejecutar tal acto, y entre tanto la comitiva acompaña al estafalario ser hacia el cadalso, lugar que se prepara su inmolación, en este caso de todo el detritus del año, de todo lo que es preciso echar al fuego en la oportunidad de la noche de regocijo.

Por hay como un duende en estos momentos. Los críos del vecindario se arriman y miran sobrecogidos al monigote, F. Andrés, el más pícaro pone sus manazas en los pechos artificiales del monigote y se ríe, Lorena la hija de Antonio, que es preciosa, con unos

ojos negros espléndidos, gira en torno a aquel y agudiza su ingenio para decir:

— Es la bruja Curuja, que la van a quemar...

Se acercan otros y van saliendo de sus moradas personajes que se insertan en la liturgia de colocar el antruejo sobre una peana que, se improvisa, a base de un mobiliario estropeado que sólo el fuego es capaz de sublimar. Hay como un inventario de cosas viejas, de muebles y trastos que no sirven para nada, que han estado esperando el instante de su resurrección en el otro mundo de la llama y el fuego.

Alguien saca de un cuarto trastero una cama destartada, el otro, acompañado de José, transporta, el sillón de anea roto. Pedro acude, en compañía de dos más, con la mesa que primo Arturo le dio en su día, años atrás a Carmen, que sirve como altar donde se pone el monigote, se le sienta y ata convenientemente, para que el viento no lo tire o zarandee a algún lado. Mila saca las cuatro sillas desnutridas que el año pasado le dio Angelita, mujer de Félix, para esta finalidad. Lo que es suficiente para que el mamarracho quede dispuesto, como aprisionado en su esquemático espacio, esperando que se inicie la danza macabra con sus alucinadas manchas de lumbre negra.

Hay un compás de espera. Hay una soledad entre el ser y no ser del acusado. Hay una incógnita en el ambiente. Es preciso esperar hasta la hora convenida con anterioridad, para ser testigo de esa crónica de muerte anunciada.

Por fin el reloj, los relojes de todo el mundo se preparan a dar las doce campanadas que son señal de algo ineludible, de algo insólito y real, de algo que se viene haciendo desde milenios. Nunca se mira con tanta ansia las manecillas del viejo reloj, que una vez era

de pared y ahora lo portamos en la muñeca.

— Es casi la hora, —dicen Lorena y Andrés, que están un tanto nerviosos...

— Sí, conviene Miguel Ángel, vamos a acercarnos a preparar la hoguera, porque mañana hay que madrugar...

Claro. En otras ocasiones la noche mágica ha caído en viernes y daba lugar a expandir el rito, pero estamos a martes y es preciso darse prisa...

Se arremolinan en torno al muñeco solitario, todos los vecinos, Rufina con su familia, la hija de Salvador, que no ha venido en esta ocasión, lo que ya es una anécdota, porque siempre ha estado el primero dando realce al acto, siguen acudiendo de otros lugares y comienza la parafernalia del instante.

José Miguel con su garrota en un brazo, enciende la cerilla acusadora, como antaño lo hiciera Prometeo hurgándole a los dioses su sabiduría, y lanza la magia sobre la hojarasca que empieza a trepidar invadiendo con las infernales llamas todo el fiel conjunto del desdichado muñeco, que es simple pasto de la energía del fuego, cuyo rostro señala la calidad de la noche.

Se forma un corro denso de personas que danzan, cantan y saltan. Cada vez se hace el círculo más amplio ante la calentura de la hoguera, que estalla con la enjundia de su estilo acostumbrado.

Todavía no se puede saltar. Hay que esperar a que se debilite el calor que sale del horno, donde ya no existe nada más que un montón de ruina. Y mientras tanto se nota el perfil de la noche con su talante:

«Oh noche de San Juan, negror, ardor, amor!»

Como diría el poeta a su vez:

«Es tu noche, San Juan...»

Es la noche de la magia. Por un momento nos hemos dado cita en el tiempo, en el espacio de un lugar, donde el fuego de una ho-



guera inédita abre el pasmo de la vida y unos vecinos dejan sus problemas para apretar sus manos en un círculo esencial: el del amor compartido, en tanto que la lumbre va acunando serie de estrellas artificiales en el aire.

Todos han saltado sobre las brasas que quedan en el interior de la hoguera, por eso todos estamos libres de los malos espíritus, y la moza, al saltar ha pensado en el galán de sus sueños. Antaño, estas cosas se hacían saltando sobre nueve hogueras, que tal era la tradición como el lenguaje de paganía de hace milenios, pero ahora son los críos y más jóvenes, los que siguen en sus trece de saltar el ascua de cenizas. Los mayores nos conformamos con beber sidra en una botella que pasamos unos a otros, y apenas se canta algo referible a la noche mágica. Es la nueva vida que está hecha a base de trompicones, de pequeños momentos apenas perceptibles, porque hay que volver al curso de la realidad.

Pero a mi me gusta esta noche y los vecinos que se acercan en torno a la hoguera y los críos que miran el monigote, y toda la sencillez que rodea en su entorno como el círculo que en un instante se ha creado. En otras efemérides nos hemos sentado entre sombras y se han contado viejas historias de arcaicas noches de San Juan. Pero es martes y hay que madrugar.

De nuevo, cuando pasan las doce horas, cuando comienza a meterse en el día la liturgia de la onomástica sanjuanera, parece ser que todo cobra de nuevo su telón de fondo. Antes de hundirme en la morada para, acaso, comenzar a ver de nuevo la pantalla televisiva, miro al solar, donde se ha quemado el ma-

marracho y observo a algunos personajes que echan cubos de agua en evitación de que se propaguen con el aire las cenizas. Me doy cuenta de que esta noche sostiene en su haber algo maravilloso y fantástico que es la liturgia de encender la hoguera y de apagarla, como renglones de una parafernalia que, en un ambiente más solemne y urbano se viene realizando en otros sitios. Sólo que aquí, en el Esquinazo, donde comienza y termina el mundo, en este lugar apartado se ha cursado el rito con la humildad de la misma creación.

*F. Saura Mira*  
*Junio de 1992*